

BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—Aquí dicen ustedes que yo insulté al árbitro y eso es falso; yo no hice más que romperle una pierna a un “linier” y hundirle tres costillas a un “juez de gol”.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605 Habana.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Ángel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

Los famosos polvos insecticidas LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE SEPTIEMBRE

Séptima serie de soluciones



ANITA CAMAÑO.—Madrid.

Señorita Nicasia Valdecilla.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes al cruzar la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorada de su modo retrechero de llevar el volante del coche y ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de ese volante arrabalero. Y por eso la envío mi automóvil número 87439 para devolvérmelo con unos neumáticos nuevos o un no que precedería breves minutos a mi suicidio. Esperando que no será usted tan tacaña se despidе su más tierno y rendido adorador que besa su mano,

Aristogiton Cienfuegos.

2 Septbre. 1930.

Madrid.

CANDIDO ARAGON.—Valencia.

Señorita Nicasia Villaverde.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer cruzar por San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de usted y de su modo retrechero de llevar el mantoncito de crespón y ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de su corazón arrabalero. Y por eso la envío mi cédula número 87439 para devolvérmelo con un "sí" encantador y no un no que precedería breves minutos a mi muerte. Esperando que no será esto motivo de enfado, su más tierno y rendido adorador q. b. s. m.,

Aristogenes López.

2 Septbre. 1930.

Presente.

"UN LECTOR".—Murcia.

Señorita Nicasia Valdemoro.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a mi lado en San Ildefonso, quedé apasionadamente suspirando por su modo retrechero de llevar el paso y ya no como ni ni bebo, Nicasia, y mi vida depende tan solo de ese paso arrabalero. Y por eso la envío mi bicicleta número 87439 para devolvérmelo con un sí y no con un no que precedería breves momentos de angustia y llanto. Esperando que no será muy tarde para escribirla, su más tierno y rendido adorador se despidе de usted,

Aristoginio Andrajoso.

2 Septbre. 1930.

Presente.

S. R. R.—León.

Señorita Nicasia Vella.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes al pasar por el lado de Ildefonso, quedé apasionadamente muy enamorado de su modo retrechero de llevar el cinturón de cuero ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de ese cinturón arrabalero. Y por eso la envío otro cinturón número 87439 para devolvérmelo con un sí o con un no que precedería breves momentos horribles. Esperando que no será de tardar la espera, su más tierno y rendido adorador que la ama,

Aristogenes Angulo.

2 Septbre. 1930.

Presente.

SEBASTIAN MOLINA.—Madrid.

Señorita Nicasia Valiente.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes al ir por la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su modo retrechero de llevar el sombrerito de paja y ni bebo, Nicasia, y mi vida de barbero es ahora de arrabalero. Y por eso la envío mi teléfono número 87439 para devolvérmelo con un sí más grande o con un no que precedería breves momentos a mi suicidio. Esperando que no será un no sino un sí, se despidе su más tierno y rendido adorador que la adora,

Aristoganin Gorrínez.

2 Septbre. 1930.

Madrid.

LOLITA TORRENS.—Barcelona.

Señorita Nicasia Vellota.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer cruzar con Ildefonso, quedé apasionadamente sorprendido de su modo retrechero de llevar el mantón que yo la regalé ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de usted como buen arrabalero. Y por eso la envío el décimo de lotería número 87439 para devolvérmelo con un sí muy grande y no un no que precedería breves momentos a mi muerte. Esperando que no será usted muy cruelota con su más tierno y rendido adorador que muere por usted,

Aristogenes Regúlez.

2 Septbre. 1930.

¡La amo!

SALVADOR MUÑOZ.—Cáceres.

Señorita Nicasia Villa.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a simple vista con Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado su modo retrechero de llevar el mantoncito de crespón ni bebo, Nicasia, y mi vida debe ser un triste arrabalero. Y por eso la envío un cheque número 87439 para devolvérmelo con un sí muy hermoso un no que precedería breves momentos a mi llanto. Esperando que no será de molestia mi carta su más tierno y rendido adorador,

Aristogante.

2 Septbre. 1930.

Presente.

RAMIRO GARCIA VIDAL.—Murcia.

Señorita Nicasia Valiente.

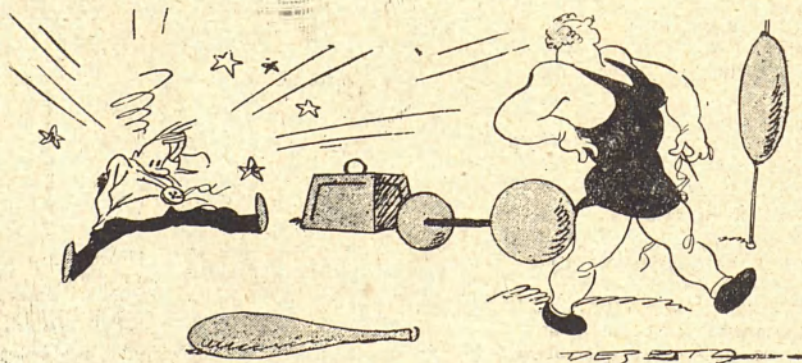
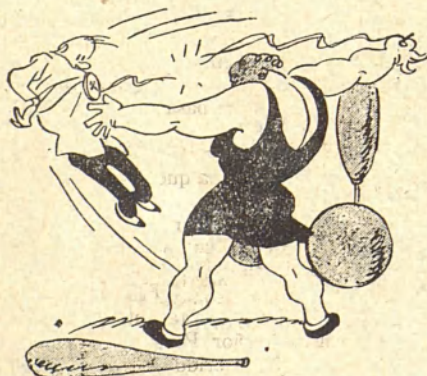
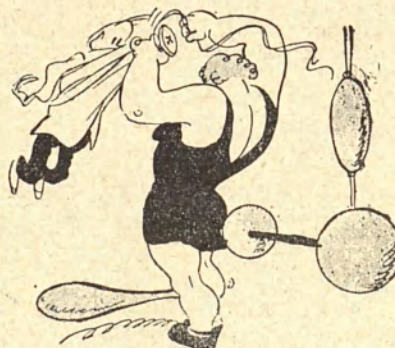
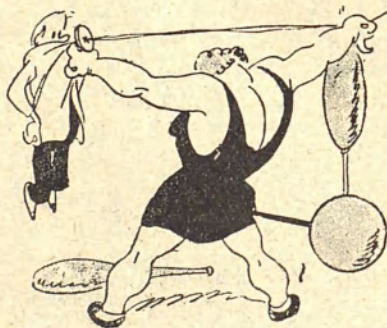
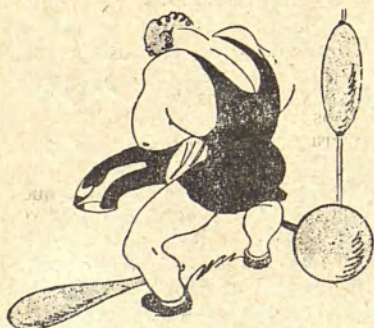
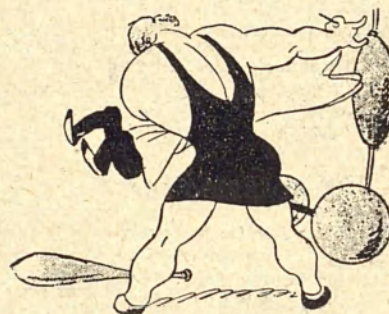
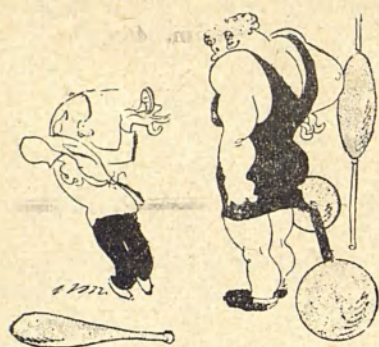
Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer con mi amigo Ildefonso, quedé apasionadamente prendado de su modo retrechero de llevar el mantoncito y no como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de ese mantoncito arrabalero. Y por eso la envío mi teléfono número 87439 para devolvérmelo con un sí enloquecedor y no un no que precedería breves minutos a mi muerte. Esperando que no será usted ingrata con este su más tierno y rendido adorador que no la olvida,

Aristogano.

2 Septbre. 1930.

Murcia.



La mujer atleta cosiendo un botón a la americana de su marido...

(De Il Travasso delle Idee.)

HUMORISMO DEL BAILE

LA ACADEMIA



CUANDO me di cuenta perfecta de la invalidez que supone el no saber bailar, adopté, como resolución menos trágica, la de aprender la realización de tan importante complemento en la vida social de un ciudadano consciente de sus derechos y de sus deberes. A tal efecto, estudié, en las planas de anuncios de cualquier periódico la sección de "Enseñanzas". Allí, desperdigadas entre otros anuncios de clases de inglés, francés, corte y confección, mecanografía y canto, se ofrecían varias Academias de baile. Escogí, al azar, una cualquiera. Y fui, una buena tarde.

La Academia se componía de tres realidades y de algo inmaterial, intangible, pero respirable. Las tres realidades eran: una señorita fea, un viejo gramófono y un cuarto de cinco metros de largo por cuatro de ancho. Lo inmaterial e intangible, pero respirable, era un tremendo olor a repollo cocido, del que podía disfrutarse apenas entrados en el portal.

Puesto de acuerdo con la señorita, en cuanto a precio y demás, entré en el cuartito donde estaba el gramófono; uno de esos antiguos gramófonos de bocina, colocado estratégicamente en un ángulo. En el ángulo de enfrente, un diván, y, sentados sobre él, tres naufragos de Terpsicore. Me senté a su lado y fuimos cuatro, apretados el uno contra el otro.

Mi corazón latía violentamente. En medio de un profundo silencio, una gran expectación y una tremenda emoción, la profesora se acercó al gramófono, puso un disco y dió a la manivela. El viejo gramófono carraspeó, tosió, creo que escupió, y, por fin, dejó escapar unas

alegres notas, aunque un tanto asmáticas.

La profesora entonces se dirigió hacia el diván, donde nos encontrábamos los cuatro naufragos. Nos apretamos más unos contra otros, como para darnos calor, fuerzas y energías ante el terrible trance.

La profesora dijo:

—Es un pasodoble Parapá-chun... taratá-chin... parapá-chun tará-chin... A usted le toca, señor Ruiz. Vamos.

El señor Ruiz, que era uno de los naufragos, se hizo pequeñito, peque-

ñito entre nosotros... Luego se puso muy colorado, después blanco... Más tarde sonrió estúpidamente. Y dijo, generosamente:

—¡Oh, no tengo prisa! Si alguno de estos señores quiere empezar, le cedo el turno...

—Entonces usted, señor Pereira, que es el segundo.

El señor Pereira se puso rojo y empezó a sonreír beatíficamente, como si tuviera quince abriles y acabaran de pedir su mano. Luego, se echó a reír a carcajadas y exclamó:

—¡Ay, ay, ay, qué gracia! ¡Pero qué gracia!... ¡Qué graciosa es la señorita Arminda!

Se veía claramente que él aceptaba todas las posibilidades, por remotas e incongruentes que fueran, menos la de salir él a los medios del cuartito y agarrarse a la señorita Arminda.

Yo entonces empecé a preocuparme seriamente. Ya sólo quedaba un naufrago antes que yo. Si ése se rajaba, me tocaría a mí. Mi corazón era el timbre de un despertador.

—Bueno, pues, usted, señor Cuadrado.

El señor Cuadrado se inclinó para ponerse en pie. Respiré ampliamente. Pero el señor Cuadrado se sentó precipitadamente lanzando ayes lastimeros.

—¿Qué le pasa? ¿Qué le ocurre?

—¡Ay, ay! ¡La pierna!... ¡La pierna derecha que se me ha dormido!...

Odié al señor Cuadrado con toda mi alma. La profesora se me dirigió:

—Bien, pues venga usted.

Pero yo me levanté y me dirigí al señor Ruiz.

—Mi querido amigo, señor Ruiz—le dije—. Agradezco en el alma su generoso ofrecimiento para inaugurar la sesión en esta culta Academia. Pero no quiero,



Dib. SILENO.—Madrid.

no puedo aceptarlo, no puedo imponerle ese sacrificio.

El señor Ruiz se levantó y me lanzó una mirada homicida. Luego pareció resignarse. Se dirigió a la señorita Arminda, que le esperaba con los brazos abiertos. Pero entonces el gramófono hizo:

—Grrróooo... grrróoo... grrróoo...

Y enmudeció. El disco había terminado. El señor Ruiz, de un salto, se reintegró a su asiento. Todos respiramos y sonreímos altivamente. Pero por poco tiempo. La señorita Arminda le dio más vueltas a la manivela, y el pasodoble, gangoso e impertinente, empezó de nuevo. La señorita Arminda, casi a viva fuerza, se apoderó del

señor Ruiz y lo sacó. Empezaron a bailar.

Una serie de sensaciones diversas y contradictorias se apoderó de mí. Sentía ganas de reír a carcajadas y de llorar abundantemente. El señor Ruiz me producía risa y me daba pena. Bailaba el pasodoble como hubiera podido hacerlo un langostino epiléptico... Y no dejaba de lanzarnos furibundas miradas amenazadoras. Los otros náufragos sonreían levemente.

El señor Pereira no hubo modo de que bailara. Cuando la señorita Arminda se acercaba a él y le invitaba, él sonreía siempre, muy colorado, repitiendo:

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué gracia..., pero qué gracia tiene!...

Luego bailó el señor Cuadrado y lo hizo igual que una apisonadora jubilada. Después me tocó a mí.

Salí al centro del cuartito y me miré los pies extrañadísimo. ¿Por qué me pesaban tanto? Me habrían puesto plomos en las suelas? Me agarré a la señorita Arminda como el náufrago se agarra a la tabla de salvación. Y empecé a bailar. No sé lo que hice ni lo que pasó. Recuerdo que de repente me encontraba frente a una pared, daba la vuelta y en seguida tropezaba contra otra pared. Y luego contra otra pared. Aquel cuartito debía tener muchas paredes, aunque a mí, antes, me había parecido un rectángulo perfecto. La señorita Arminda me decía por lo bajo:

—¡Muy bien, muy bien, esto va muy bien!...

Pero creo que eso mismo se lo había dicho a los otros... Y yo no me fiaba mucho. Y prefería estudiar el rostro de los otros náufragos que parecían disfrutaban alegremente de un espectáculo altamente curioso. Me pareció que aquel pasodoble no terminaría nunca, y al pasar cerca del gramófono le aticé alguna que otra patada; pero él seguía impertérrito.

—Parapá-chun... taratá-chin... parapá-chun... taratá-chin...

Por fin, acabó la pieza. Me senté, muy digno, al lado de mis compañeros.

—El pasodoble es muy fácil—dijo uno.

—¡Hombre! ¡Es sencillísimo!...

—¡Como que no hay más que andar, andar!...

Entonces todos pensamos que andar es muy fácil.

La señorita Arminda había salido del cuartito. Poco después volvió. Y nos anunció, sin preámbulos, sin adoptar ninguna previa precaución:

—Ahora voy a poner un charleston.

—Prepárense ustedes, que es algo más difícil.

Pero los cuatro náufragos nos habíamos hecho ya muy amigos. Nos levantamos y nos fuimos a jugar al billar al café de la esquina.

.....

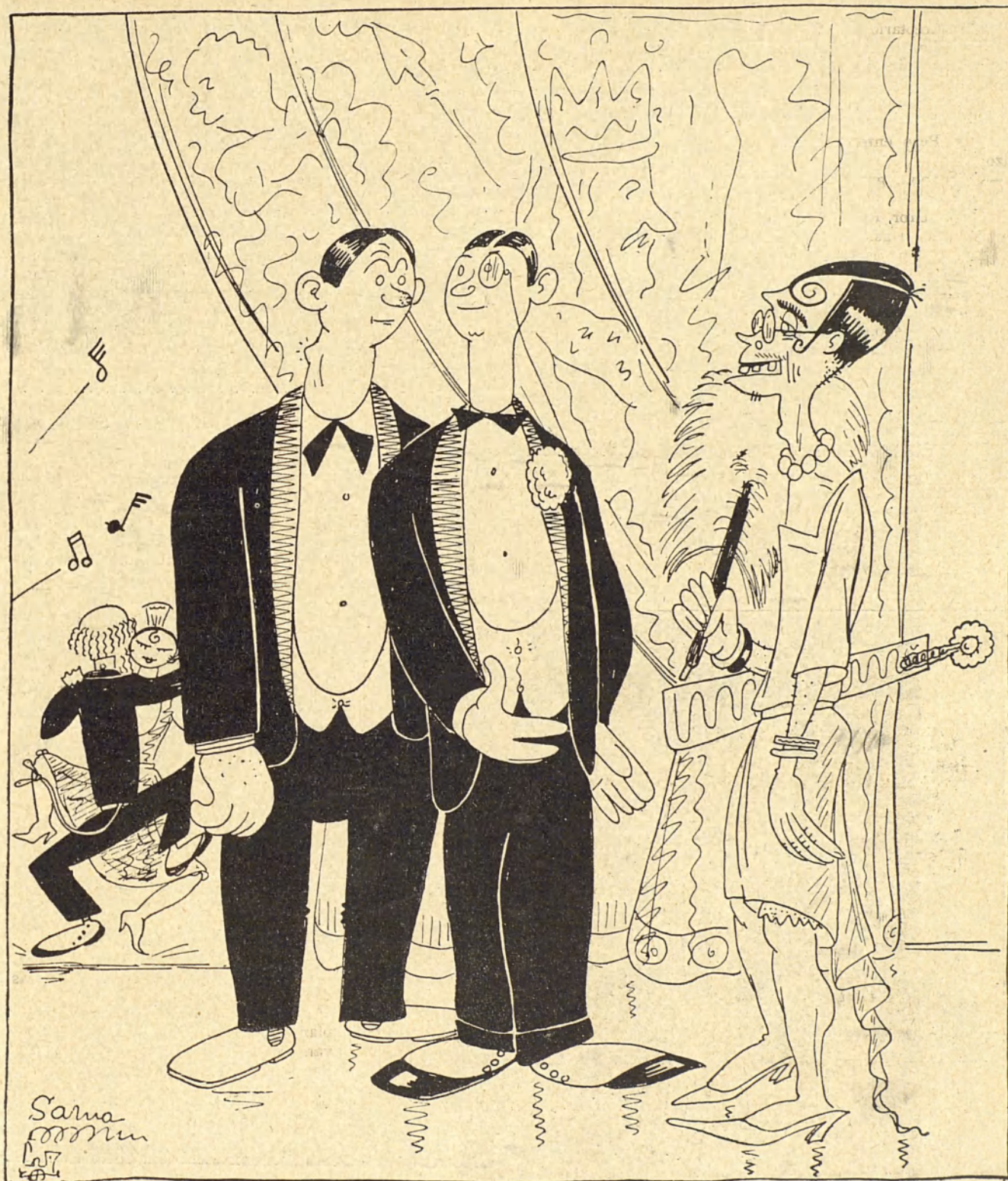
Cinco días después, la señorita Arminda me dijo que yo dominaba el pasodoble. Y, efectivamente, lo bailo bastante bien. Pero tiene que ser en un salón de cinco metros de largo por cuatro de ancho, con música de gramófono y con una señorita fea que se llame Arminda. Si no, no sale...



—Demasiado sabes que tú eres el amo. Siempre me obligas a hacer todo lo que yo quiero.

Dib. LLOP.—Valencia.

GABRIEL GREINER



—Esto está aburridísimo. ¿Quiere usted que nos marchemos?
 —Imposible; soy el organizador de la fiesta.

Dib. SAMA.—Madrid.

El «Edén» de Mascarón

—Habrás, esposa, notado que el tiempo ya ha refrescado y diciembre se aproxima. ¡Está tan mal educado, que se nos va echando encima!

Y ya puedes presumir lo que te voy a decir: que no hay que aguardar a enero para pensar en abrir nuestro teatro casero.

Diré, pues, al escribiente que copie el cartel siguiente y lo pegue en la escalera... si no tiene inconveniente su majestad la portera:

“Temporada teatral.
El Edén del Perejil.
Calvario, dos, principal.
Teléfono veinte mil.
La entrada, por el portal.

Lista de la Compañía:
Director: Angel de Amor.
Primera actriz: Rosalía

Tembleque. Primer actor:
Juan Mascarón y Alegrio.

Característica: Blasa
Martínez de Cinoglosa.
Dama joven: Pura Guasa.
Y, por último, graciosa:
la señora de la casa.”

—¡Muy bien! —“Segundo galán:
Pedro González Vicario.
Gracioso: Pedro Beltrán.
Galán joven: Pedro Adán.
Y barba: Pedro Medario.”

—Bueno, dile al escribiente que cambie el nombre a esa gente; porque tanto Pedro hasta y dirán que esto es realmente pedrada y no compañía.

“Nota: La inauguración será hogaoño hacia el final del mes, y, por excepción, no habrá ninguna función antes de la inaugural.

Esta será sorprendente, pues para ella expresamente escriben obras a pares los Quintero, Benavente, Seca, Arniches y Linares;

mas si éstos, llegado el día, se rajan con saña impía, nos sacarán del apuro nuestros vecinos Arturo Fernández y Juan García.

Y sépalo, en fin, la flor de nuestros deudos y amigos: tendrá la sala calor y se abrirá el comedor... para dejar los abrigos.”

Y hoy pregunta Mascarón respecto de su salón:
—¿Qué nombre le irá más bien, El Edén o El Odeón?
(Hay quien tiene otra opinión; mas yo digo que El Edén).

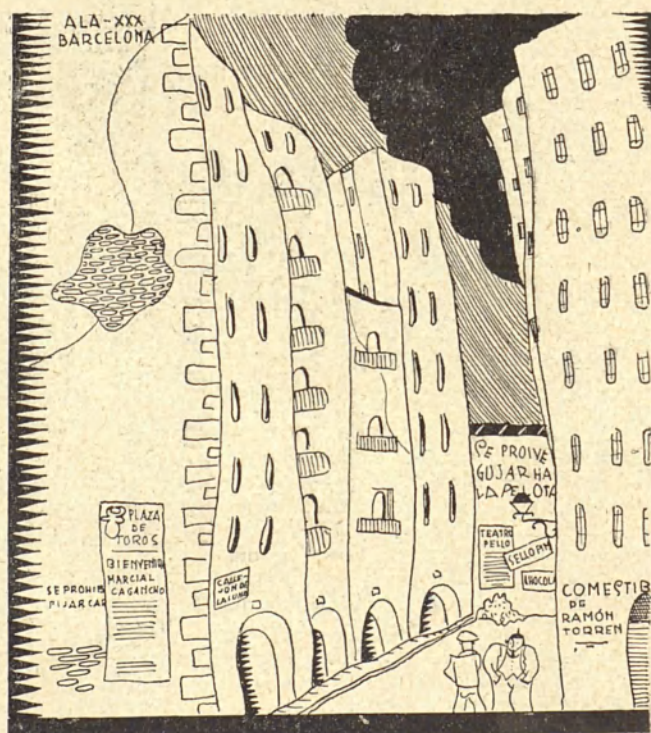
JUAN PEREZ ZUÑIGA



—¿Qué te ha pasado, chico? ¿Te has caído?

—No; es que me he casado con una mujer deportista.

Dib. SERNA.—Albacete.



—¿Y ahora qué hacemos, Pepe? Como nos cojan estamos perdidos...

—No sé, no sé; nos hemos metido en un callejón sin salida.

Dib. ALA.—Barcelona.

Acontecimientos, sucesos y noticias importantes de estos últimos días

Información privada de BUEN HUMOR

UNA BODA INMINENTE E INEVITABLE.—Para el distinguido aficionado al fútbol y consciente transeúnte de la acera izquierda de la calle de Alcalá, don Faustino Birrión, ha sido pedida la mano de la esbelta y peripatética señorita Cristobalina del Solar, hija décimosexta de los marqueses del susodicho Solar, emparentados, como ya sabrán nuestros lectores, con varias familias de lo más rancio que queda en España.

Entre Cristobalina y su prometido han comenzado ya a cambiarse los consabidos regalos, y el joven Birrión está recibiendo innumerables felicitaciones por haber sido admitido para entrar a formar parte de los Solares, él que, hasta ahora, se había pasado la vida en medio de la calle.

La boda, que se celebrará este invierno, se suponía que tendría lugar en la parroquia de la Concepción; pero es lo más seguro que, si el invierno se presenta crudo, el novio busque una capilla.

Hacemos votos porque la boda de nuestro amigo Faustino sea un acontecimiento fausto, o, por lo menos, faustino, como él.

MISERABLE HAZAÑA DE UN SEDUCTOR EN LA PROVINCIA DE CIUDAD REAL.—A la hija de un conocido propietario manchego, residente en las poéticas y húmedas cercanías de Ciudad Real, la ha hecho objeto de una miserable seducción un viajante de quesos de bola que frecuentaba mucho esa comarca, en ejercicio de su cargo. El indigno tenorio, acostumbrado a vivir a costa de innumerables bolas, no ha vacilado en engañar a la pobre e incauta joven, a la que, además, dió a entender que era rico, cosa que ella no debió creer, teniendo en cuenta que un hombre que anda veinte pueblos al día, y, en lugar de recorrerlos en un suave automóvil, los anda con los quesos, no puede ser rico ni narices.

Toda la provincia de Ciudad Real, y mejor diríamos toda la Mancha, está indignada con este vergonzoso suceso. La infeliz seducida no sabe qué hacer para remediar el oprobioso desaguizado, y su señor padre ha estado a punto de enloquecer en vista de la mancha que ha caído sobre la familia.

Los comentaristas de este suceso sacan de él dos conclusiones enteramente

antagónicas: unos dicen que, dada la enormidad de la seducción, desde hoy en adelante la Mancha, con mayúscula, debe ser la que ha caído sobre la familia de la chica, y la mancha con minúscula, la provincia, teniendo en cuenta que la pro-

vincia es menos extensa que el oprobio; pero otros, los más piadosos, dicen que una mancha que cae en la Mancha debe considerarse como un vaso de Lozoya que se derrumba en el mar: que no hay quién lo note... Y varios de estos pia-



El defensor (al condenado a muerte).—Resignación, hijo mío; no hemos podido conseguir el indulto.

El reo.—¡Qué le vamos a hacer! ¡Otra vez será...!

Dib. ESPLANDIU.—Madrid.

dosos se han apresurado a pedir la mano de la muchacha, cuya mano no va a haber más remedio que adjudicar por sorteo, en vista del éxito.

Hay que advertir que la joven ofendida es riquísima, pues, según se dice por aquellas inmediaciones, casi toda la Mancha es suya. Excusado es decir que ahora, con dos Manchas (las dos con mayúscula, que es como nosotros creemos que debe ser), su riqueza ha adquirido un volumen muchísimo mayor. Esto explica la actitud de los susodichos piosos paisanos.

UNA IRRITANTE INJUSTICIA EN EL PARAGUAY.—Hace pocos días nos hemos enterado, con el estupor consiguiente, de que en el Paraguay (que, como saben ustedes, es una república

donde hay una libertad y una fraternidad extraordinarias), no hay, en cambio, la igualdad que sería conveniente que hubiese.

Y vamos a poner un ejemplo:

Allí, los carniceros, los doctores, los banqueros, los músicos, los conductores de tranvías, los fotógrafos y hasta los ladrones, se llaman paraguayos.

Y, sin embargo, y con una desigualdad manifiesta, irritante y ofensiva, los vendedores de paraguas se llaman paragueros.

Y esto no está bien, aunque el Diccionario de la Real Academia Española crea que sí lo está.

¡O todos, o ninguno! ¡Una de las dos calificaciones sobra, y debe desaparecer! ¡Lo mismo nos da que desaparezcan los paragueros y sea preciso comprar ga-

bardinas, o que desaparezcan los paraguayos y no haya más remedio que cerrar las puertas de la república y anunciar que se alquila a otros ciudadanos de las cercanías!... ¡Pero antes de que continúe ni un momento más la ignominia citada, cualquier cosa nos parece bien!...

NOTICIA ESTUPEFACTANTE Y ALGO BARBARA.—Leemos en un satinado periódico de Belchite un aterrador anuncio en el que un comerciante llamado Bruno Lapena ofrece un bar acreditado en traspaso por una modesta cantidad.

Y nos choca mucho que haya en el mundo un bar traspasado por Lapena, cuando nosotros creíamos de buena fe que los bares eran lugares alegrísimos y satisfactorios.

TERREMOTOS EN RUSIA.—Siguen produciéndose nuevos temblores de tierra en la encantadora república de los soviets. El nuevo temblor del sábado en Kornichow, más que nuevo fué flamante, y determinó la casi total destrucción de la ciudad. Sólo quedaron en pie dos tabernas y unos cuantos borrachos, pero éstos se cayeron en seguida.

Ha habido también temblores en Kazán, Orskowa y Penchakoff, y se espera que los haya mañana en varios sitios donde no los ha habido todavía.

Se ha registrado un centenar de muertos, pero no se les ha encontrado ni una perra gorda en el bolsillo.

Se acusa a los bolcheviques de todas estas catástrofes, y nos parece muy bien. Con un régimen de terror como el que se traen los gachós que mandan allí, lo menos que puede hacer la tierra es temblar como está temblando.

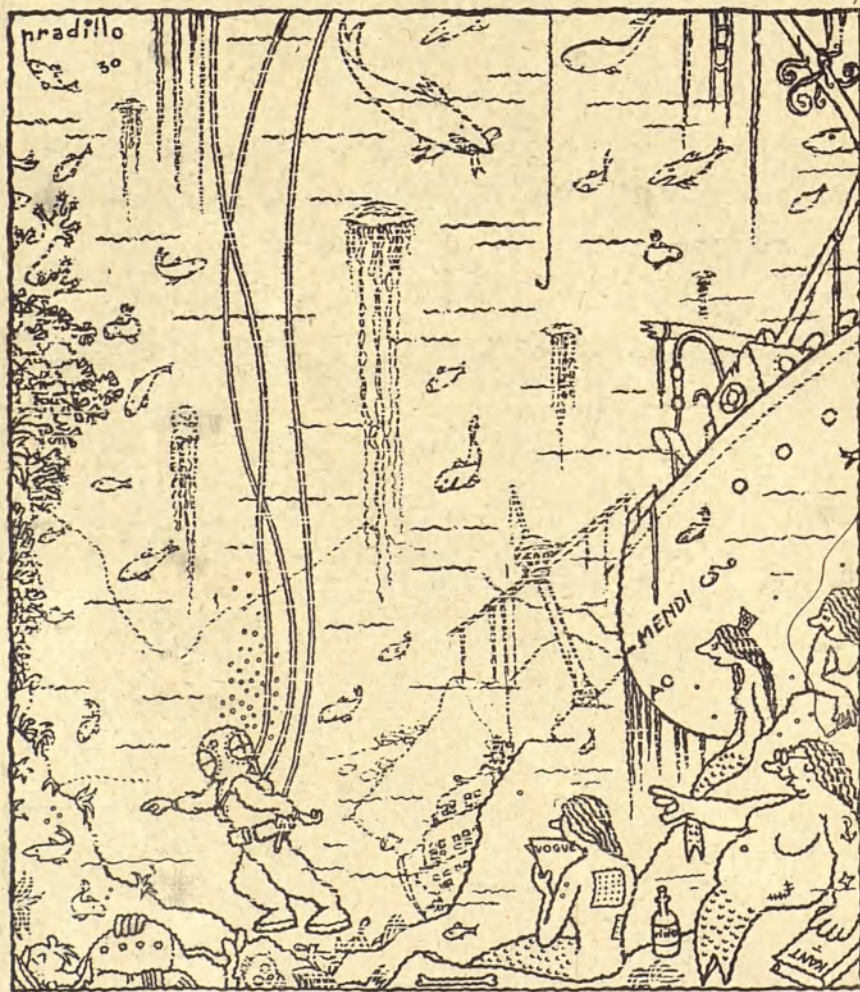
Hay quien dice si la tierra temblará de frío, dada la indecente temperatura que hay siempre en Rusia; pero no lo creemos. En Rusia la tierra ya debe de estar acostumbrada a chuparse los dedos, y no hay razón para que se ponga a temblar al cabo de los años.

Indudablemente, tiembla por lo otro.

NOTICIA FINAL Y PERFUMADA.—En el elegante *water-closet* del teatro del Ambigú, de París, hay una encargada que se llama de apellido *La Mère*.

Y aunque el lugar, generalmente, está vacío, si traducimos al castellano la cosa, parece lo contrario.

Porque resulta que, en aquel rincón reservado, hay *ciento y la madre*...



—Mirad, hijas mías; ese animal se llama buzo. Jamás hagáis amistad con él. No os podéis figurar lo pesado que es.

Dib. PRADILLO.—Madrid.

ERNESTO POLO

Gumersindo Piñerúa. "as" de la palanqueta y la ganzúa, o el robo de un billete capicúa

El célebre detective chamberilero y prehistórico Evaristo Diplodocus estaba preocupadísimo. Buscando inspiración, hizo lo que solía hacer su maestro Sherlock Holmes en trances parecidos. Primero se leyó de cabo a rabo, o de trular a pie de imprenta, toda la prensa de Londres de aquellos días, aunque de esta locura nada sacó en limpio, debido quizás a que no sabía ni una palabra de inglés. Después fumó una tras otra hasta cinco pipas, bien cargadas de tabaco rubio, lo cual le produjo un mareo formidable, porque es preciso advertir que nunca hasta entonces había fumado. Cuando se repuso del mareo, se inyectó buena dosis de morfina, y tan malo se sintió que sus familiares hubieron de llevarle al momento a la Casa de Socorro, en donde los médicos le apreciaron fuerte intoxicación que le tuvo al borde de la tumba frigorífica. Mejoró rápidamente, y, siempre imitando el ejemplo de Sherlock Holmes, se dedicó a tocar día y noche el violín, hasta que los vecinos, indignados por los ruidos intolerables que Evaristo Diplodocus, ignorante de cuanto á música se refiere, sacaba del instrumento en cuestión, lograron que el casero le pusiese de patitas en la calle.

¿Por qué estaba tan preocupado el gran detective chamberilero y prehistórico? ¿Cuál era la causa de que, desde hacía un mes, no comiese apenas, para que la falta de peso en el estómago activase las funciones del cerebro, alimentándose nada más que con helados polos y con suspiros de monja, y durmiese—en virtud de un voto que había hecho—en un reclinatorio? La inquietud que le consumía fué minando la salud del admirable Evaristo Diplodocus. Cuantos le conocían estaban alarmadísimos. El ilustre detective chamberilero y prehistórico enflaqueció rápidamente, se puso pálido como un galán de comedia romántica, y empezó a dar señales inequívocas de perturbación mental, tales como elogiar la labor del señor Calvo Sotelo en el Ministerio de Hacienda y como jurar por todos sus antepasados que el café que sirven en los cafés es café de verdad y como asegurar que conocía la nacionalidad de Cristóbal Colón. Se entregó a prácticas extrañas, insospechables en él; daba largos paseos por el túnel del Metro, se afeitaba todos los días y saboreaba los cigarrillos de la Arrendataria.

Así transcurrieron catorce años.

El lector (un poco mosca).—Bueno; pero, ¿nos va usted a decir de una vez qué es lo que le pasaba al célebre chamberilero y prehistórico detective Evaristo Diplodocus?

El autor.—Sí, sí. Perdóne usted. Su petición es muy justa, y si no me anticipé a ella ha sido porque todavía no se me ocurrió qué era lo que podía sucederle al protagonista de esta historia. Tenga la



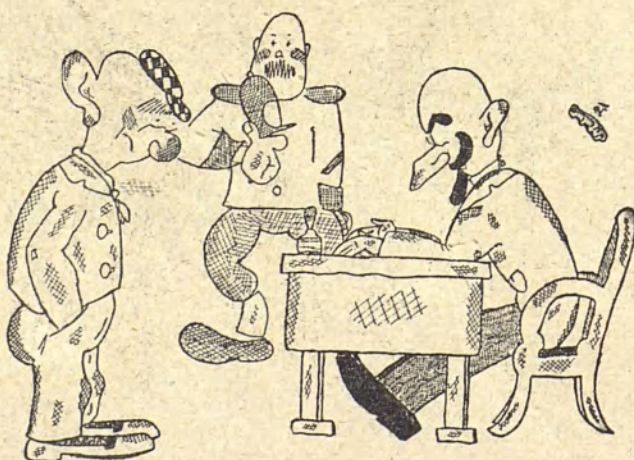
—¿Qué hace usted con las bellotas, que son dulces como la miel?
—Se les mete todos los años un "puñao" de abejas en las raíces.

Dib. CASERO.—Madrid.



El marido.—Este coche pequeño es el que más me gusta.
La mujer.—A mí también; pero antes de comprarlo debes enterarte si encoje.

Dib. MATESANZ.—Madrid.



—Se le acusa de haber robado una bandeja de plata.
—¡Eso no es cierto! Es que fui de visita y me dijeron: "Tome usted lo que quiera", y tomé la bandeja.

Dib. JULIO.—Madrid.

bondad de guardar silencio unos minutos, que en obsequio a usted voy a tomarme el trabajo de pensar un poquito, cosa que hago muy pocas veces.

(Una pausa. Y luego.)

¡Ya está! Lo ocurrido era lo siguiente: en la suculenta mansión del duque del Capitolio (ocho veces grande de España y seis veces chico de continental, por afición) se había cometido un robo audacísimo. El duque del Capitolio era poseedor de la colección de capicúas más completa del mundo, lograda a fuerza de paciencia y de cuantiosos dispendios, pues pasó los treinta mejores años de su vida saltando de un tranvía a otro y recorriendo una y otra vez los mismos trayectos con verdadera deleitación. Tan popular llegó a ser en el mundo tranviario, que el secretario de la Compañía, D. Angel Illana, hombre sentimental y desprendido como un riñón flotante, propuso que se le concediera un pase general, cosa que el duque no aceptó, porque siempre le molestó que le diesen pases, y porque además su interés estaba en sacudirse los quincito (no es alusión al genial dibujante, amigo del autor desde la infancia) para lograr así, cuando los dioses le eran propicios, el soñado capicúa.

Contraviniendo el reglamento de la Compañía de tranvías, que manda conservar los billetes, el duque del Capitolio los arrojaba violentamente lejos de sí cuando no eran capicúas. Pero cuando lo eran... ¡Ah, cuando lo eran! En su palacio, decorado con una ostentación más refinada que el azúcar de caña, el aristócrata había dispuesto un salón para archivo y museo de sus capicúas. Sus paredes estaban blindadas; la puerta, acorazada como la de un Banco. Muchos coleccionistas extranjeros de capicúas hicieron viajes desde países remotos para admirar aquella joya única en el orbe. El duque del Capitolio podía estar satisfecho. Y como podía estarlo, lo estaba.

Pero un día, el noble caballero creyó morir. De su colección faltaba uno de sus capicúas más preciados: el cero, cero, cero, cero, cero. Una maravilla que le sirvieron cierta tarde en un tranvía de la Prosperidad, en cuya plataforma se laminaba entre catorce personas, diez y nueve guardias y un recaudador de arbitrios municipales.

Avisado Evaristo Diplodocus, gloria del detectivismo español, ocurrió lo que ya sabe el lector que haya dado las muestras de cultura, buen gusto y espíritu de sacrificio de leer el principio de esta historia.

Transcurridos catorce años, como hemos dicho y ahora repetimos, porque nos parece bien hacerlo y porque no creemos que el lector se oponga. Pero si se opone,

no decimos nada para evitar que él nos diga algo feo. Catorce años en los que se concluyeron las obras de la Gran Vía, y la gente llegó a olvidar el robo que durante mucho tiempo mantuvo su atención completamente despierta.

Pero Evaristo Diplodocus no descansaba. Ya muy viejecito, retenido en cama por un pertinaz reuma, su imaginación no descansaba persiguiendo la solución al misterio extraordinario. ¿Quién robó el capicúa cero, cero, cero, cero, cero de la colección del duque del Capitolio? ¿Cómo logró el audaz ladrón penetrar a través de los muros blindados y de la puerta acorazada en la que no aparecía rastro alguno de fractura ni de violencia?

Un día, el chamberilero y prehistórico detective Evaristo Diplodocus vió clara la verdad del caso. El ladrón había sido —no cabía duda posible— Gumersindo Piñerúa, apodado "As de la palanqueta y la ganzúa". El, sólo él. Fantomas moderno, espíritu del mal, genio de las hazañas más extraordinarias, podía haber cometido aquella fechoría.

La cosa, pues, estaba clara. Puesto que las circunstancias del hecho delataban la mano de Gumersindo Piñerúa, el problema estaba resuelto como un simple rompecabezas de palabras cruzadas. El suceso podía reconstituirse de la siguiente forma: Gumersindo Piñerúa penetró en el museo del duque del Capitolio, se apoderó del capicúa, se marchó tranquilamente y vendió el precioso papelito a algún rico coleccionista americano que le daría por él cuantiosa suma. Al detective, sin embargo, le preocupaban dos cosas: la primera, de qué medios se valió el "as" de la palanqueta y la ganzúa para penetrar en el museo del duque del Capitolio, y la segunda por que, una vez allí, se limitó a coger un capicúa y no se llevó hasta la pintura de las paredes. Pero todo ello se pondría en claro en cuanto Gumersindo Piñerúa estuviese en poder de la Justicia, empresa que no carecía de dificultades.

Aquella noche, Evaristo Diplodocus, decidido a cazar inmediatamente al "as" de la palanqueta y la ganzúa, quiso antes poner en conocimiento del duque del Capitolio el resultado de sus desvelos. El aristócrata le recibió luciendo sus dos características principales: la de su amabilidad y la del teatro del Juguete Cómico, que era parienta suya.

A las primeras palabras, Evaristo Diplodocus estuvo a punto de fallecer. El duque del Capitolio le había dicho:

—¡Pero si no hubo tal robo! El capi-

cúa lo tenía yo en la cartera, donde lo guardé para no olvidarme de la combinación de la cerradura de la puerta de mi museo, combinación que es de números y que yo marqué con los cinco ceros. Pero como soy tan distraído...

Entonces, el detective chamberilero y prehistórico Evaristo Diplodocus púsose a buscar al "as" de la palanqueta y la

ganzúa para reintegrarle la mala fama que en su pensamiento le atribuyó, colgándole aquel delito. Pero nunca pudo encontrar al ladrón extraordinario. Porque Gumersindo Piñerúa, "as" de la palanqueta y la ganzúa, había muerto veinticinco años antes.

CARLOS FERNANDEZ CUENCA



—Iba a decirle algo agradable, señorita; pero ya no me acuerdo.

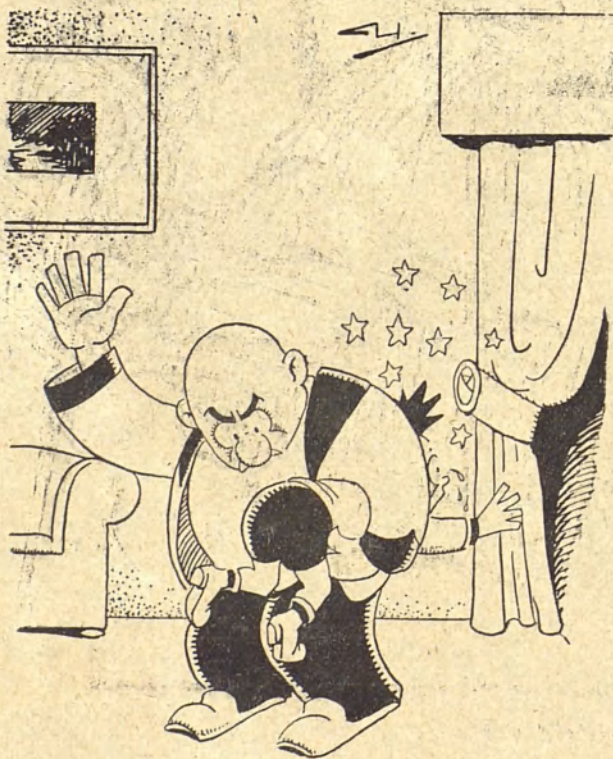
—¿Se marchaba usted ya?

Dib. Bosch.—Barcelona.



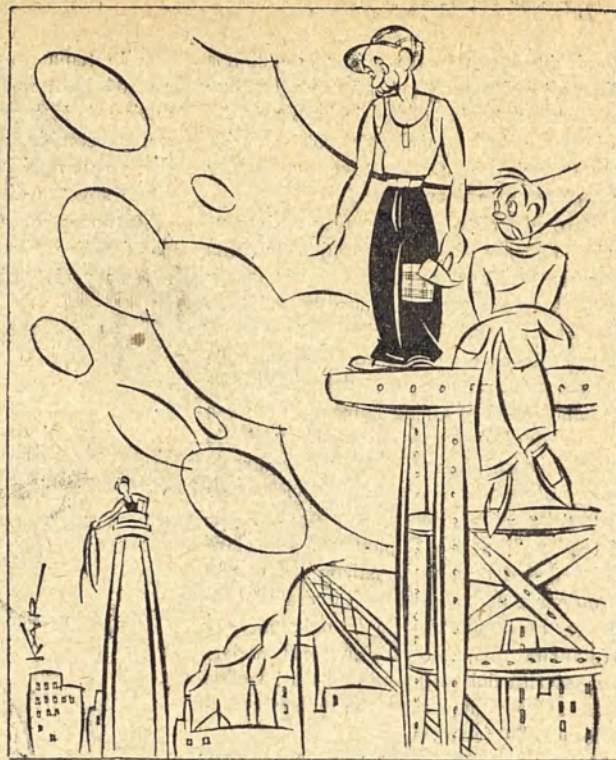
—¿Sabes la calle en que vive Pepe?
—Sí; pero no sé el número.
—Hombre, eso no importa. Encima de la puerta estará.

Dib. TROFF.—Albacete.



—¡Ya te enseñaré yo a respetar mis canas!

Dib. URDA.—Barcelona.



—Ya ves, a mí me gustaría ser deshollinador de chimeneas, si no fuera por que es un oficio muy expuesto.

Dib. KAR.—Valencia.



—Dicen que se ha casado con ella sólo porque ha heredado una casa de su tía.

—Está usted equivocado. Lo mismo hubiera hecho si la hubiese heredado de otra persona.

Dib. SEC.—Turín.



—¡Pero hombre! ¿Lleva usted un piano de cola para cazar animales salvajes?

—Claro. No sabe usted que la música amansa las fieras.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

Notas para una diatriba del matrimonio

Sepan ustedes—a modo de preámbulo—que me hallo en vísperas de contraer las sacrosantas nupcias matrimoniales. Con tan dulce motivo (escribo dulce sin que me tiemble el pulso), estoy recibiendo muchos y muy valiosos (ya que no muy costosos) regalos de mis amigos queridísimos, quienes me demuestran así su afecto y, además, conscientes del paso que voy a dar, procuran aturdirme un poco. Todo lo cual agradezco con el trozo de alma que mi futura me deja libre.

Como supondrán ustedes, tengo ya en mi poder los consabidos cuarenta y ocho centros de mesa y las inevitables veinte medias docenas de cucharillas de café. Pero, sobre estos regalos y otros más, igualmente utilísimos, uno hay que se destaca por su originalidad indiscutible. Me lo trajo el cartero anteayer: un sobre.

No; no se adelanten ustedes. No era el sobre con el billete de cincuenta dentro y la tarjeta del íntimo: "Para que te compres lo que necesitas..." Ese obsequio no tendría ninguna originalidad. El sobre a que yo me refiero contenía una carta. Arriba, este membrete: "El Buey Suelto". *Semanario doctrinal*. Al lado: *Caracas, abril de 1927*. Y debajo:

"Distinguido publicista: Próximo a aparecer en esta ciudad *El Buey Suelto*, periódico que, como su título indica, defenderá los amenazados intereses del celibato y del vegetarianismo, tenemos el honor de pedir a usted un artículo ajustado a la índole de nuestra publicación. Deseamos que trate usted el tema "hombre que se casa es hombre necio". Este magnífico asunto, desarrollado por una pluma tan elocuente, razonadora, profunda, vigorosa, convincente y aplastante como

la suya, causará sensación y reunirá millares de prosélitos. Recibido el artículo, giraremos a usted doscientas pesetas, reservándonos el derecho de traducirlo al inglés para su mayor difusión. Su admirador y correligionario, *Salvador de los Demás*, Director."

Hay una rúbrica, una dirección, una posdata y un vale.

Lo primero que hice, al recibir este regalo, fué enseñárselo a mi novia. Y ella, en vez de tirarse de la garçone, enfurecida, y decirme: "¡rompe ese papelucho inmediatamente!" (como hubiese hecho una barriobajera), me dirigió una sonrisa de felicidad, un guiño de alegría y un leve directo al estómago, todo envuelto en estas palabras jubilosas:

—¡Vaya suerte, chico! Conocido en Caracas, traducido para que pueda leerle Bernard Shaw... ¡y recibiendo doscientas pesetas por un artículo! Bueno, esto de las doscientas me embelesa...

Y después de una pausa inspirada, frotándose las manos:

—Oye, ¿por qué no les propones una serie de artículos? Di que el tema hay que dejarlo bien desarrollado.

Yo, tímido, algo hipócrita:

—Es que, a lo mejor, no encuentro bastantes argumentos contra el matrimonio...

Mi novia, riendo y palmoteando:

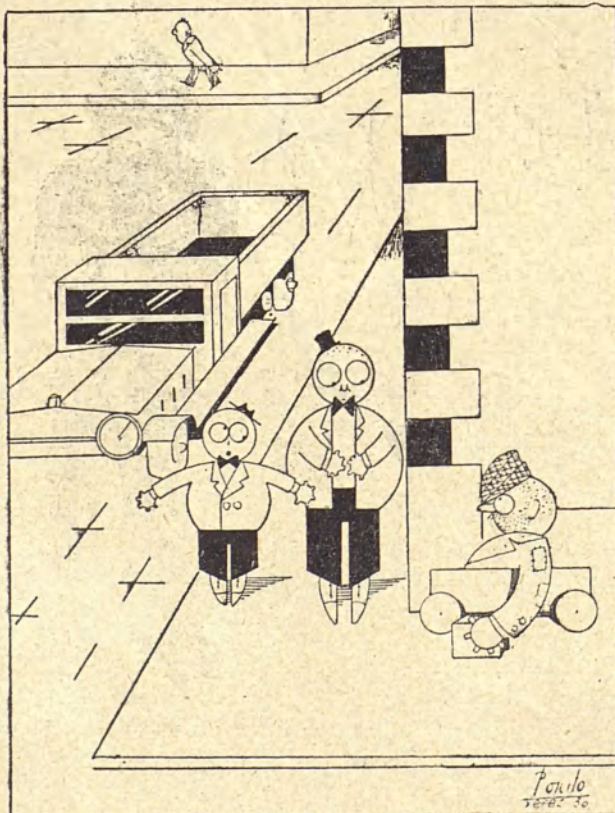
—¿Que no? Yo te ayudaré a buscarlos. ¡Uh..., si son infinitos los que hay!...

—Puede que tengas razón—contesté, animándome—porque..., verdaderamente, he oído decir que hoy sólo creen en las ventajas del matrimonio los pueblos atrasados.

—¿Atrasados?—repuso mi novia—¡Caníbalescos!

Y yo:

—¡Claro! Como que el matrimonio, en realidad, únicamente le proporciona



—¡Hombre, ahí tienes el "medium" que te hacía falta para tus sesiones espiritistas!

Dib. PONITO.—Jerez.

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL

ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA

al hombre la ventaja, bastante pedestre, de llevar zurcidos los puntos de los calcetines.

Y mi novia:

—¡Ni eso!

Y yo:

—¡Es que hay que ver, hija! En esa enfermedad, todo es catastrófico. Hasta su síntoma: ese estado de anemia integral que se llama noviazgo, durante el cual el pobre hombre suspira, llora, besa un retrato, compra bombones, escribe cartas inflamadas en papel perfumado, come versos "a ella", se lustra diariamente los zapatos y hace otras mil pampas por el estilo.

Y mi novia:

—Así queda luego el infeliz de atolondrado, que el día que se casa ¡hasta abraza a sus suegros en la sacristía!

—¡Oh, oh, qué trágica verdad! Pues ¿y cuando se inicia el idilio legalizado, con la cursilísima frase de *al fin, solos?*

—Calla. ¡Pues no te digo nada del viajecito de novios! Lloriqueos en la estación, pausas amorosas en el tren, y en el hotel, las miradas de todas las camareras clavadas sobre los tórtolos. Eso, además de las pulgas abundantes.

—¡Y hablamos de la "luna de miel"! ¡Qué ganas de faltar a la miel y a la luna!

—¡Toma! Y si ahí quedaran todas las desdichas...

—No, claro; las desdichas mayores son las que vienen a continuación: el cotidiano cocido, el impuesto de inquinato, la bata conyugal, la chica de cuatro duros que se toma *para todo* y que no sirve *para nada*...

—Y los antojitos de la señora...

—¡Por Dios, no me dilaceres el alma! ¡No sigas!

—Pero lo malo es que, generalmente, se sigue: hay quienes llegan ¡hasta el vástago decimonovenol!

—¡Horror! ¡Las malas noches, el fútbol en el pasillo, los gritos, los llantos, los batacazos, los soplamocos, los zapatazos, los juguetes, los colegios, los empachos, las niñas, los soldados!... ¡Deliro..., deliro!...

—¡El infierno, del Dante!

—¡La caraba, de Muñoz Seca!

.....

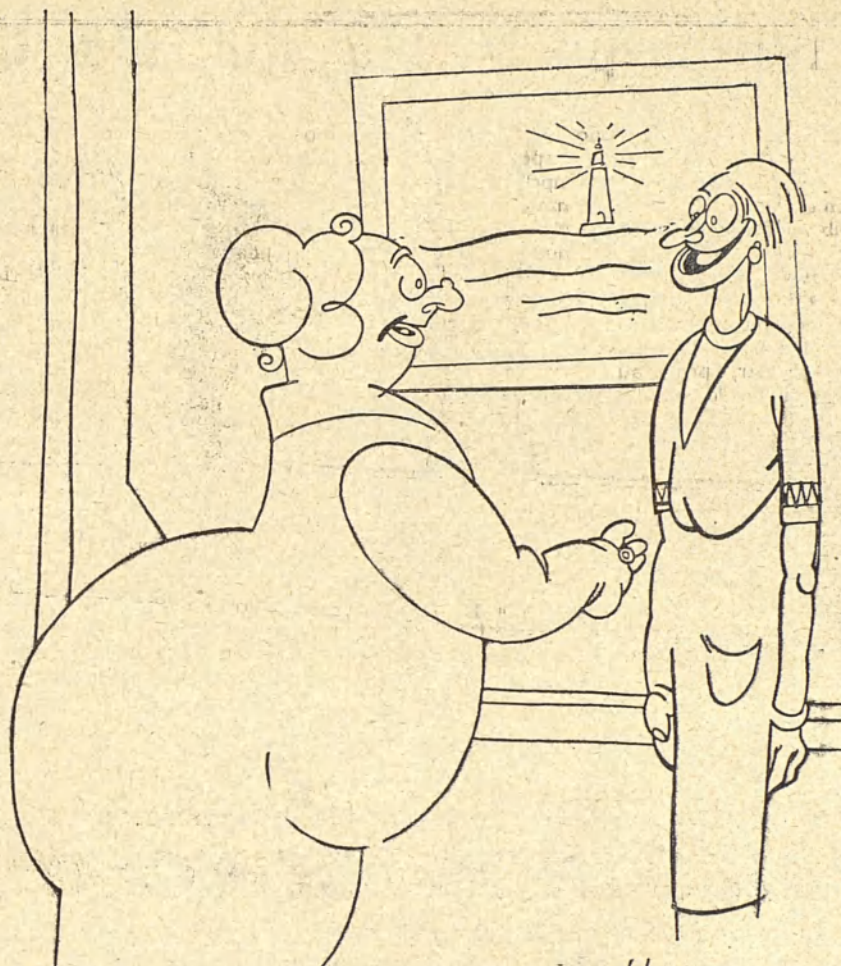
Interrupción del lector sensato:

—Bueno, y con esa opinión del matrimonio, en ese estado de ánimo, ¿su novia y usted van a casarse?

Contestación al lector:

—Naturalmente, amigo. Y no hay paradoja: Vamos a casarnos *estando así*, porque, *estando así*, lo probable es que seamos, en el nuevo estado, perfectamente felices. ¿No ve usted que las cosas desagradables no nos tomarán de sorpresa? ¿No ve usted que ya estamos en el secreto? ¡Lo que es a nosotros el señor Himeneo no nos engaña, no!

BERNARDINO DE PANTORBA

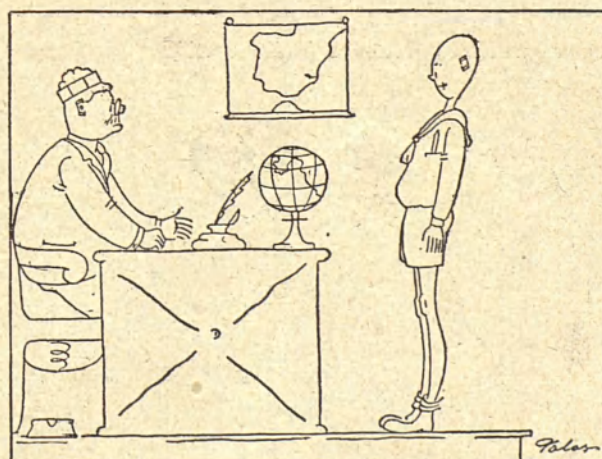


MONDRAGÓN

—Esmérese usted en las comidas, porque hoy tenemos invitados.

—Perfectamente; ¿desea la señora que vuelvan o no?

Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

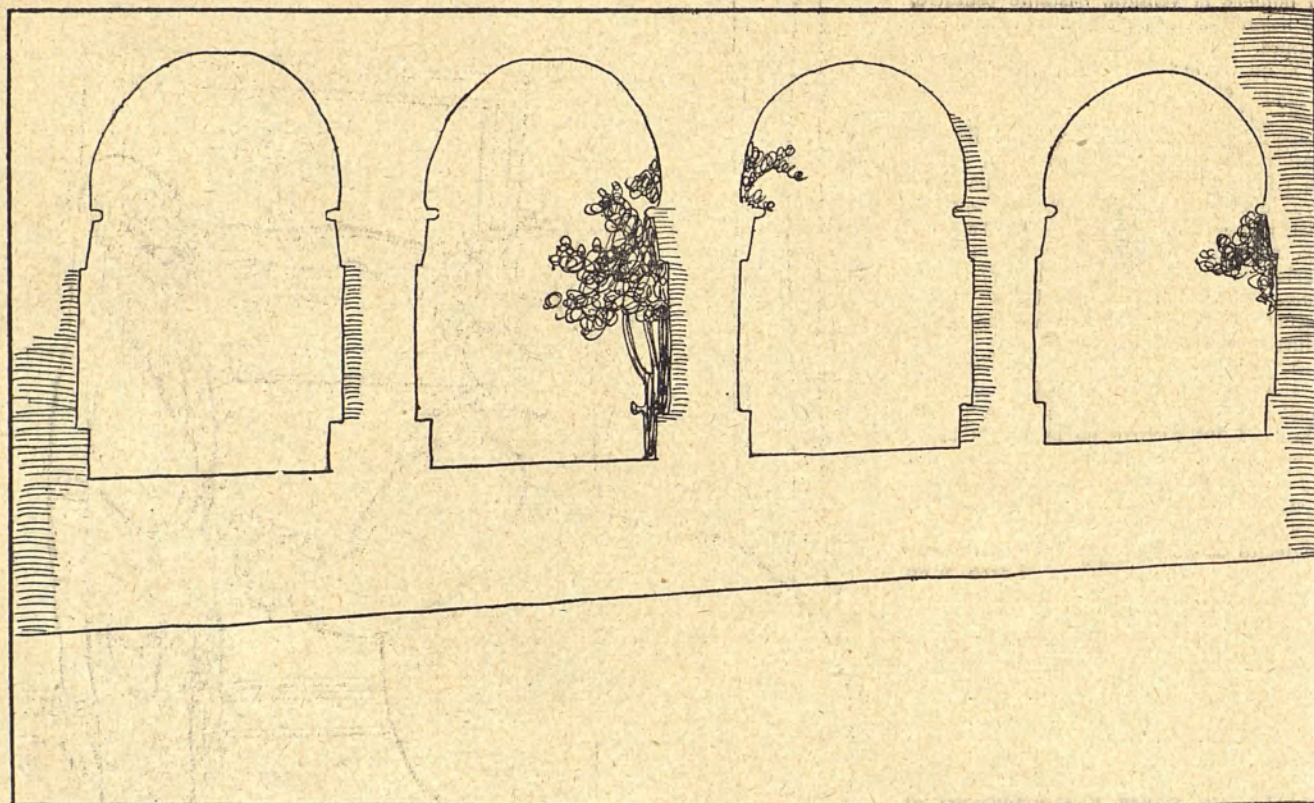


Paloz

El maestro.—Vamos a ver. Mil pesetas al dos por ciento...

El alumno.—No siga, no siga, don José; yo menos del quince no hago nada.

Dib. PALOZ.—Madrid.



NUESTROS CONCURSOS

El del mes de noviembre

El concurso de este mes es, como van ustedes a ver, sencillísimo. Se trata de lo siguiente: Estos nueve frailes estaban en el patio del convento hasta que sonó una campanita y tuvieron que irse todos a comer; pues bien, no hay más que averiguar cómo estaban colocados antes de que la campana sonase, para lo cual habrá que recortar los frailes y pegarlos sobre el dibujo que representa el patio del convento.

Ni más ni menos. Esmérense ustedes mucho, porque este mes hay

DOS PREMIOS DE CIEN PESETAS

Las soluciones pueden enviarse a esta Redacción, hasta las ocho de la noche del día 30.



LA AMADA IDEAL

¡Aquella novia sí que me quería! Obcecado por la pasión, yo no supe valorar, hasta después de mucho tiempo, el gran amor que me tenía.

¡Precisamente cuando mayor prueba me dió de que me adoraba—cuando se largó con el otro—yo, ¡tonto de mí!, me empeñé en desfigurar su imagen en mi mente, considerándola malvada, perversa, falsa; llamándome a mí mismo “desengañado” y escribiendo versitos lacrimosos en que la llamaba invariablemente “amada ingrata”!...

¡Y esto precisamente aquel día!, aquel día que empezaba para mí una era de felicidad. Porque lo mejor no fué que huyera con otro. Lo archibueno, lo supermagnífico, fué ¡que se casó con él!...

Cuando esta noticia llegó a mí, queriendo a aquella chica como un doctrino, mi alma se quedó k. o. Pero el puñetazo sentimental tuvo una convalecencia rápida y deliciosa a más no poder...

¿Cuál fué la medicina milagrosa? La siguiente carta, que recibí a los quince días justos de la boda. Decía así:

“Estimado señor: Perdona usted la libertad que me tomo al escribirle. Invoco para ello el dolor que nos une: soy el marido de la que era su novia cuando se casó conmigo... Y si a usted le dejó plantado, yo tengo la desdicha de tener que soportarla toda la vida... Mi desgracia, pues, es infinitamente mayor...”

Quince días llevo a su lado y me parecen quince siglos. ¡Usted no puede figurarse qué cambio desde el día siguiente a la boda! Es gruñona, sucia, gastadora, rara, celosa, holgazana y, por añadidura, tengo vehementes sospechas de que me es infiel... Para ella todo lo hago mal. Y cuando quiere humillarme, me pone a usted como ejemplo. “¡Ah, si fueras como Ramírez!”—me grita a todas horas—. Yo le suplico, señor mío, que me diga usted rápidamente cómo fué con ella, para imitarle... Será el único medio de que mi infierno acabe. Es decir, que se largue en seguida con otro y me deje en paz...”

Su desgraciado amigo, *Sisebuto Peláez*”.

Yo, le contesté a vuelta de correo: “Indudablemente usted no la quiere ni la ha querido. Por eso se caso con usted y por eso tiene que sufrir todas esas desdichas que me cuenta. Procure usted enamorarse de ella como un colegial y verá que pronto la pierde de vista... Esto fué lo que a mí me salvó...”

En cuanto al dolor que usted dice unirnos, me figuro se referirá al de

muelas, pues yo no padezco de otro. Soy el hombre más feliz de la tierra y bendigo a su mujer, que me hizo venturoso huyendo de mi lado, y a usted, que me impidió cometer la barbaridad de casarme con ella...

Si alguna preocupación tengo, es pensar que pueda perder mi actual di-

cha tropezando con una mujer totalmente distinta a la suya. Porque tanto, tanto como ella demostró quererme, no hay ninguna que sea capaz de querer a ningún hombre...

Siempre, siempre le estará agradecido, Ramírez.”

Luis LOZANO



—Después de diez años de trabajo, me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que es la pintura.

—¿Por qué no lo deja usted?

—Porque con el nombre que ya he conseguido gano un capital todos los años.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

Se ha estrenado *La calle*, de Elmer Rice, superiorísimamente puesto en escena, y, en general, muy bien interpretado por la compañía entera.

Nos habían engañado: habíamos oído a no pocas personas que esta obra era un melodrama, y a nosotros nos parece que no hay tal.

Procuraremos razonar estas afirmaciones. Nosotros hemos repetido varias veces en estas columnas que no somos críticos; por eso no podemos limitarnos, como es uso entre los mismos, sea al impropio, sea al ditrambo; tenemos que razonar o explicar lo que afirmamos.

Cuando se dice de una obra que es o no melodrama, hay que definir primero y aclarar lo que se entiende por tal. Así vamos nosotros a decir, por consiguiente, qué se entiende por *melo*; qué por *drama*; qué por *me*; qué por *lo*; qué por *ma*. Queremos proceder como es debido.

Melo es música, ¿comprenden? *Drama* es... drama, ¿me comprenden?... Melodrama es, por lo tanto, una obra en la que el drama es música purita...

En el melodrama, en efecto, no hay tal drama, no hay de drama más que el forro, la envoltura, la apariencia, la ca-

tástrofe; eso que suelen llamar—por ganas de emplear palabras finas a fin de emplearlas mal—la *hecatombe*. En el melodrama hay conmoción, pero no hay emoción.

Para que el lector se dé cuenta de lo que queremos decir con esa frase, habría que aclarar también lo que entendemos por "emoción" y por "conmoción", y así resultará que para aclarar el significado de la palabra "melodrama" tendremos que aclarar el significado de otras dos más. Cuando nos pongamos a aclarar el significado de estas otras dos, habrá que aclarar el significado de otras cuatro, que, de fijo, saldrán a relucir y necesitarán ser explicadas. Y al explicar estas cuatro, saldrán ocho, y al explicar las ocho, dieciséis... Y así sucesivamente.

Resultará, pues, que ya, por lo menos en veinte o treinta meses, no podríamos escribir aquí otra cosa que los artículos necesarios para demostrar a ustedes con todas las razones pertinentes que *La calle* no es un melodrama.

Un poco largo va a ser; pero las cosas se hacen bien o no se hacen. Nosotros estamos dispuestos a estudiar la cosa a fondo.

Así que prosigamos.

En el drama hay emoción; en el melodrama conmoción. La conmoción es una sacudida de los nervios sin que intervengan para nada las regiones superiores de la personalidad. La emoción es una sacudida que se produce en nosotros por efecto de un sentimiento humano, o sea de alma, o sea de todas las facultades y potencias que existen en nosotros y que confluyen, conjuntas, para intervenir todas ellas y formar entre todas la reacción psicológica resultante.

Esto es definir y explicar; esto es aportar doctrina, y lo demás, tontería.

Lo importante en estos casos, por lo tanto, no está en la sacudida en sí; está en los factores que han determinado la sacudida y en el proceso que ha intervenido en la formación de ella. Podemos reír o llorar por causas diversas. La risa o las lágrimas serán iguales en todos los casos, pero los motivos muy distintos. Nosotros podemos, lector, darte un pellizco. El pellizco será el mismo en cada caso; pero los efectos variarán si el lector es lector o es lectora. Para el lector, el pellizco significará simplemente un dolor; será una conmoción epidérmica, sensorial, y producirá la reacción



—¡Qué escándalo! ¡Toda esta nieve aquí amontonada y cerca de un millón de obreros sin trabajo!

Dib. CUESTA.—París.

que corresponde a los meros reflejos: "¡Animal!..." "¡Cuadrúpedo!..." "¡Intelectual!", o cualquier otro impropio corriente. En cambio, las lectoras considerarán el pellizco como un atentado al pudor, al honor, al respeto... "Caballero, ¿por quién me ha tomado!...", etcétera, etc. Bastará que uno demuestre que aquello del pellizco era un piropo —lo cual puede demostrarse fácilmente: "Perdone usted, señorita; la vi con tanta sal, que creí que era usted el salero y fui a coger una pizca..."—para que la joven sonría y agradezca la atención, sin tener en cuenta para nada en ningún caso el dolor en sí del pellizco.

Esta explicación clarísima no tiene apenas que ver con lo que estábamos explicando; pero no todo ha de ser admirable en este artículo.

Lo cierto es que en el drama no sólo hay un conflicto y un disgusto y penas, y riñas y sangre, a veces muertes, sino que todo eso está relacionado con alguno o algunos motivos de índole moral, en los que se ponen en juego, por lo tanto, hondos problemas de la humanidad; ideales del hombre frente al hombre o frente al Cosmos.

Si una niña se cae de un quinto piso por haber querido hacer volatines en la barandilla del balcón, será un hecho cruento y lamentable el hecho de verla caer; pero no será un motivo de drama, sino de melodrama. Nuestra conmoción al verlo será horrible; nuestra emoción, sin embargo, no tendrá categoría, por no implicar ninguna de esas perspectivas ideales que hemos tenido antes el honor de presentar con la precisión que nos distingue.

Los que han visto en *La calle* un melodrama se fundan para verlo en el hecho del crimen, de los tiros, del barullo de guardias y ambulancia y vecindario, que constituye la escena más "sensacional" de la obra.

Ese episodio, en efecto, considerado en sí mismo y como fundamento de una obra, sería, efectivamente, de melodramático cariz; sería un *faits divers*, un simple "accidente" de la sección de sucesos, queriendo hacer pasar su truculencia como moneda de ley. Pero en *La calle* no sucede semejante cosa: el "suceso" de los tiros es un episodio más de cuantos ocurren a diario en la calle. Es el suceso más ruidoso, pero sin más ni menos valía, desde el punto de vista de la calle, que todos los demás. La obra se llama *La calle*; luego es ella la protagonista de la obra, y cuanto por ella pasa tiene idéntico valor y coopera con idéntica fuerza a la formación de lo que importa: la totalidad, la vida entera pasando por la calle.

Si esta obra fuese un melodrama sería floja y pobre; tendríamos tres actos repletos de episodios, que entonces serían "de relleno", para dar lugar al advenimiento de unas dos o tres escenas, a lo más, carentes de elevado patetismo y demasiado pobres de expresión para que

pudieran ser consideradas por sí mismas como vértebra de un melodrama.

El melodrama exige, desde luego, no sólo que la peripecia sea más externa que honda, más conmovedora que conmovedora, sino que pretende, además, hacer de ese suceso la característica central.

En cambio, suponiendo lo contrario, esas escenas de crimen no pasan de ser "lo que está ocurriendo a diario": algo tan de la calle como el ruido del auto, el grito del trapero, las comidillas de la vecindad en la puerta de la casa, las despedidas de los novios en el portal y la salida de los chicos de la escuela.

También se ha dicho que esta obra es una obra "realista". Desde luego que le cuadra este adjetivo; pero como algunos se lo explicaban queriendo, con ello menospreciar la obra, y otros se lo explicaban, en cambio, con intención elogiosa, resulta que, por lo visto, debe de querer decir esa palabra dos cosas muy diferentes.

Y quiero en el acto decirlas. Lo realista, en un sentido, es lo caminero y pueril, lo inútilmente detallista, traído a colación sin más propósito que el de copiar por copiar, sin más título que el de darse en la realidad; en otro sentido, en cambio, el detalle, la nimiedad, la trivialidad, son tenidas en cuenta y muy en cuenta, tan en cuenta que tienen valor por sí mismas, y entonces, por sólo eso, lo trivial, sin dejar de ser como es, pierde su trivialidad y adquiere jerarquía.

¿Por qué es eso? Para explicarlo tendríamos que escribir otros veinte o treinta artículos que traerían otras cuestiones, que, a su vez, necesitarían también explicación. Tendríamos que hacer unas disertaciones extensas, detenidas, detalladas, analizando varios casos, como ejemplo: el caso de los pintores flamencos, haciendo obras inmortales a fuerza de pintar con gran detalle lo más fútil: el caso de los pintores de ahora y de antes, inmortalizándose al pintar unas cebollas, unas manzanas, una cafetera o una silla; el caso de la fotografía moderna, que se ha elevado artísticamente con sólo buscar para sus motivos una rueda, un escaparate, un montón de piezas de tela, unas gafas encima de una mesa.

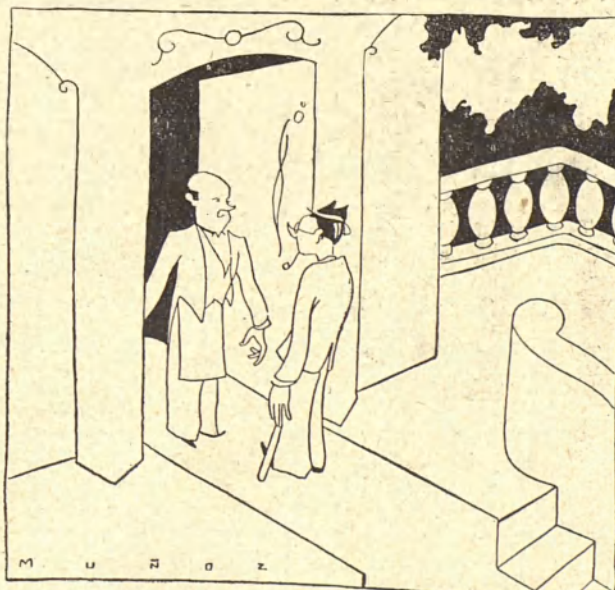
Todo esto y más habría que hacer. Así, que lo haremos. Todo será que en vez de tardar un año en terminar esta crónica tardemos dos. Por nosotros...

CHE ISIDORIÑO

No nos queda espacio esta semana para reseñar al detalle el éxito obtenido en el *Infanta Beatriz* por los señores Adame y Torrado con el estreno de su obra, en tres actos, *Che Isidoriño*.

Quede por hoy solamente consignado el éxito. Y el triunfo de Fernando Soler y de toda la compañía, excelente.

MANUEL ABRIL



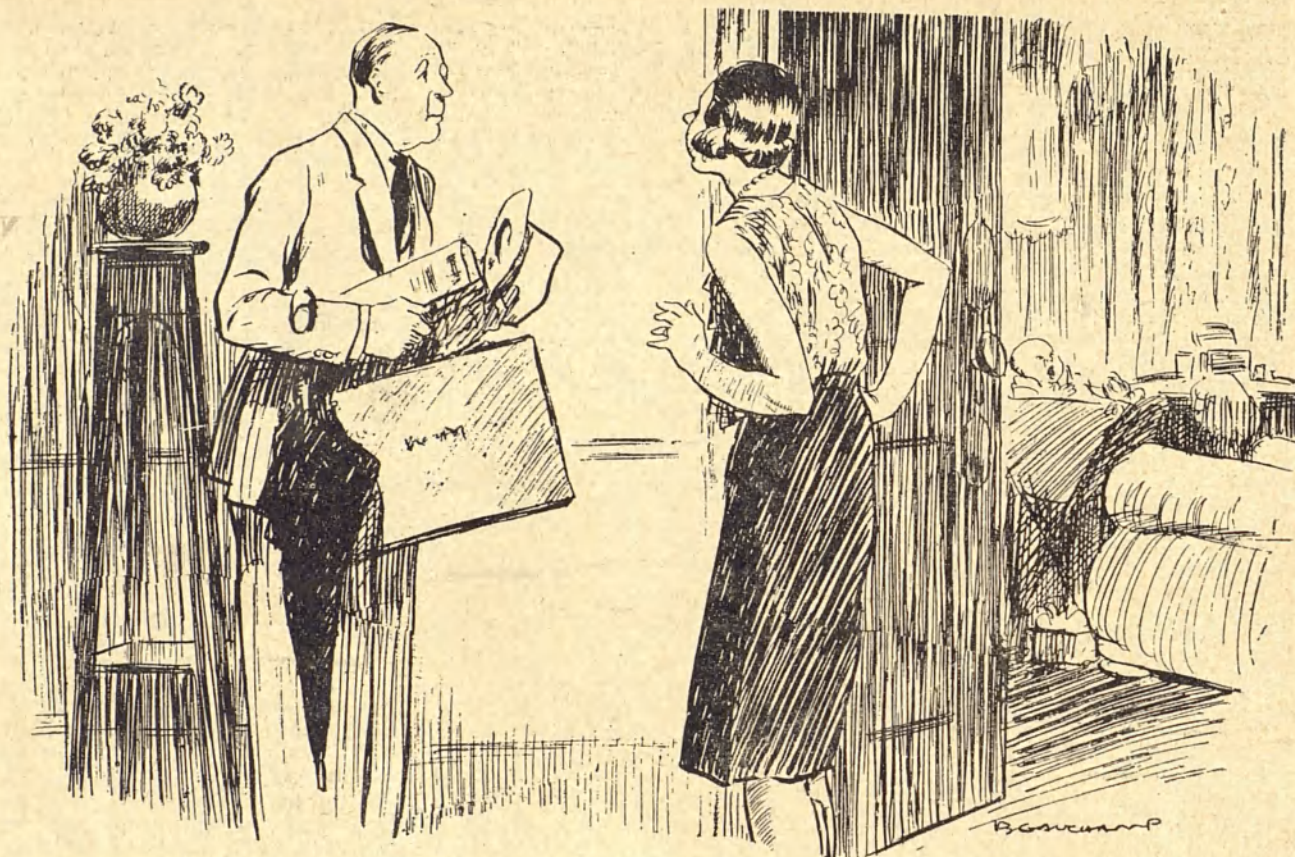
—¿El señor conde?

—Está en la calle.

—¡Pero si subía delante de mí!

—Sí, señor; pero se acaba de tirar por la ventana.

Dib. Muñoz.—Albacete.



La mamá.—El casero ha venido: le he pagado la renta del mes y le he enseñado al niño.
El marido (oyendo llorar al niño).—Hubiera preferido que le hubieras enseñado la renta y le hubieras dado el niño.

(De *The Passing Show*, Londres.)

CHISTES DE TODO EL MUNDO

El revisor.—Tiene usted billete de tercera clase y viaja en primera.

El viajero.—¿Cómo?

El revisor.—Que este coche es de primera clase.

El viajero.—¡Ah, yo creí que era de segunda!

(De *Lustige Blaetter*, Berlín.)

—La primera vez que vi a Rothschild no tenía camisa.

—¡Imposible!

—No la tenía. Estaba en traje de baño.

(De *Moustique*, Charleroi.)

El maestro.—Leandro atravesaba a nado todas las noches el Helesponto para ver a Hero. Esta es la prueba más grande de amor que se conoce.

El discípulo.—Conozco otra mayor.

El maestro.—¿Cuál es?

El discípulo.—La doncella de mi casa, que es novia del cartero y se escribe a sí misma una carta todas las noches, para estar segura de que él va a venir al día siguiente.

(De *Lustige Lachse*, Léipzig.)

—¿Dónde vas?

—A la isla de Capri, con mi mujer. Iremos por el aire.

—Pero si no hay correo aéreo a Capri.

—Lo habrá, seguramente, el día que mi mujer haya terminado los preparativos del viaje.

(De *Fawn*, Viena.)

El camarero (a una reunión de catorce individuos).—Señores: Ahí está una señora que dice que su marido le prometió volver a casa a media noche, y viene a buscarle.

Los catorce (levantándose).—Buenas noches, amigos. Mañana nos veremos.

(De *Lustige Lachse*, Léipzig.)

—Tengo una idea que me va a proporcionar miles de libras esterlinas.

—Siempre te he tenido por hombre de talento. ¿Qué has inventado?

—Nada. Mi idea es casarme con la hija mayor de Rothschild.

(De *Karikaturen*, Oslo.)

El doctor.—Es necesario que deje usted todo trabajo de cabeza durante unas cuantas semanas.

El paciente.—Sí doctor; pero es mi manera de ganarme la vida.

El doctor.—¿Pues qué es usted?

El paciente.—Soy barbero.

(De *Hummel*, Hamburgo.)



La húmeda paja de los calabozos

Por JEAN RICHELIN

Pasó sus primeros diez años de prisión sin hacer nada. Dedicó tal tiempo a amoldarse, a acogerse a las costumbres de la casa.

Sin embargo, como le quedaran veinte años por delante, una hermosa mañana se dijo que resultaba afrentoso llevar una vida sin objeto y que era preciso crearse una ocupación digna.

Consagró un año a reflexionar, a sopesar las diversas ideas que le pasaron por la cabeza, a buscar cuál debía ser el final definitivo.

¿Fabricar una tela de araña? Eso era viejo, estaba muy hecho. ¿Copiarse a mano la Biblia? ¡Bah! ¡Valiente plagio! ¿Contar con los dedos todas las rugosidades del muro? ¡Diversión ridícula, inútil, sin resultado apreciable!

—Sería preciso—se decía el preso—encontrar alguna cosa que fuese, a la vez, curiosa, de provecho, y sirviese de venganza. Había que inventar algo necesario que hiciese pasar agradablemente el tiempo, que produjese algún bienestar y que al mismo tiempo tuviese el valor de una protesta.

Un nuevo año fué empleado en tal hallazgo, y el éxito recompensó, por fin, tanta perseverancia.

El preso habitaba un lóbrego calabozo, donde el sol apenas entraba media hora por día, y aun eso por un débil hilillo parecido a un cabello de luz. El lecho donde el infeliz reposaba sus miembros doloridos lo constituía un pequeño montón de paja húmeda.

—¡Ah!—exclamó con energía—, voy a enojar a mis carceleros y burlarme de la Justicia. ¡Secaré la paja!

Primero contó las hebras que formaban el montón. Había mil trescientas siete pajitas.

A continuación realizó una experiencia para saber cuánto tiempo precisaba para secar cada hebra. Tres cuartos de hora.

Resultaba, pues, para las mil trescientas siete pajitas, una suma de novecientas ochenta horas y quince minutos, o sea, a media hora de sol por jornada, mil novecientos sesenta y un días.

Poniendo que el sol no brilla fuerte, por término medio, más que un día de cada tres, a causa de las nubes, se llegaba a un total de dieciséis años, un mes, una semana y seis días.

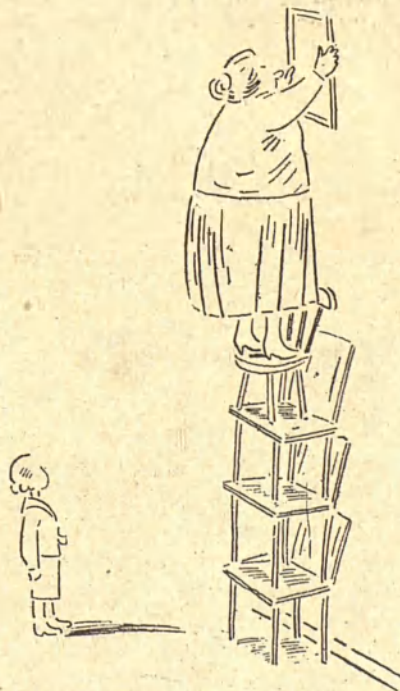
Decididamente, pues, puso manos a la obra.

Cada día que el sol calentaba, el preso ponía una hebra de paja a sus rayos, aprovechando todo el calor. El resto del tiempo guardaba avaramente, bajo su vestido, junto al pecho, lo que había logrado secar.

Pasaron diez años. El preso no se acostaba más que sobre un tercio del montón húmedo, teniendo el pecho atiborrado con los dos tercios restantes que había podido secar poco a poco.

Pasaron quince años. ¡Oh alegría! No quedaban ya más que ciento treinta y seis hebras de paja húmeda. Sólo cuatrocientos ocho días, y el preso podría entonces erguirse, enorgullecerse de su obra, vencedor de la sociedad, y exclamar, en vengativo tono, con la risa satánica de los rebeldes:

—¡Ah, ah! Me habíais condenado a la paja húmeda de los calabozos. Pues bien: ¡llorad de rabia! Duermo sobre paja seca.



—Tía, ¿qué me das si no tocó a las sillas donde estás subida?

(De Kasper, Estocolmo.)

Pero la suerte cruel acechaba su presa. Una noche en que el preso soñaba con su futura felicidad, en su delirio, hizo movimientos extraños, volcó el cántaro y el agua cayó chorreando sobre su pecho. ¡Toda la paja se había mojado!

¿Qué hacer ahora? ¿Recomenzar el trabajo de Sisifo? ¿Pasar otros quince años haciendo entrar hebras de sol en las hebras de paja?

Vino el descorazonamiento. Vosotros, los felices del mundo, que renunciáis a un placer cuando hay que andar veinticinco pasos, osad echar la primera piedra. Pero—diréis—ya no tenía que aguardar más que año y medio!

¿Y no estimáis en nada el orgullo herido, la esperanza fallida? ¡Cómo! Este hombre que había trabajado quince interminables años para dormir sobre un montón de paja seca, ¿consentiría en salir de la prisión llevando mezclados a los cabellos briznas de paja húmeda? ¡Nunca! Se es digno o no.

Ocho días y ocho noches se debatió en tales angustias, luchando con desesperación, tratando de reponerse del aniquilamiento que le atenazaba. Hasta que finalizó por declararse derrotado. Decididamente, había perdido la batalla.

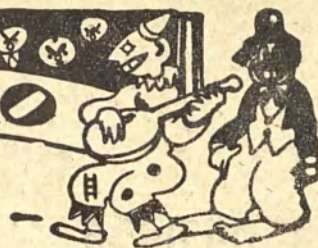
—¡Dios mío—dijo llorando—, os pido perdón por la falta de ánimo! He sufrido durante treinta años, he sentido perder carnes, mi piel se ha momificado, mi vista se ha desgastado, mi sangre ha perdido color, mi pelo y mis dientes han caído. He aguantado el hambre, el frío, el aislamiento... Con todo, yo tenía un afán que hacía sostener mis fuerzas. Mi vida guardaba una finalidad. Ya mi deseo es imposible de satisfacer. Ya no hay ningún fin. Estoy deshonorado. Perdonadme de desertar de mi puesto, de abandonar la batalla, de fugarme como un vil traidor. No puedo más.

Después le entró un acceso de nueva indignación:

—¡No—gritaba—, mil veces no! Nunca se dirá que yo he perdido mi vida en nada. No, no estoy vencido, no soy un vil desertor, ni tampoco traidor. No me acostaré un minuto más sobre la húmeda paja del calabozo. ¡La sociedad no tendrá razón en contra mía!

El preso murió aquella noche en una actitud espartana. Falleció de una indigestión heroica. Se había comido toda la paja.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 12

Un señor entró en un teatro para ver una revista que estrenaban aquel día.

Al cabo de cinco minutos de empezada la revista notó que una de las coristas bailaba desastrosamente. Con la mayor inquietud, sacó de un bolsillo unos prismáticos y se dispuso a observarla.

Casa de las Pantallas

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

Se encontraba durmiendo un golfo en un banco de la Castellana, y se le acerca un borracho dando golpecitos con una vara.

—¿Quién llama?

—Soy yo.

—Pasa y cierra la puerta; pero como mañana vengas tan tarde, te dejo en la calle.

Puga (Haro).

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.
FUENCARRAL, 26, y
MONTERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género



La mujer.—Que venga otro camarero que no sea tan corpulento como usted, porque mi marido quiere hacer una reclamación.

(De The Humorist.)

Al poco rato, un ratero, aprovechando su distracción, le quitó la cartera, al mismo tiempo que el señor lanzaba un suspiro y exclamaba:

—¡Rediez, qué susto me ha dado! Creí que era mi mujer. Pero, gracias a estos prismáticos, me he librado de un peso de encima.

Baolo (Barcelona).

En la escuela:

El profesor (a los discípulos).—Dos por dos son cuatro...

Los alumnos (todos a coro). Dos por dos son cuatro, tres por dos son seis...

El profesor (sin darse cuenta).

DANDY

Crema para el calzado
Carrera de San Jerónimo, 14

ta).—Y antes del invierno me podré casar...

Santiago Esteve
(Carabanchel Bajo).

En un establecimiento entra una "grulla", y dice al dependiente:

—Un real de queso.

—¿De bola?

—De "bola", no; de verdad.
Jesús Delgado (Ribadesella).

CUPON

correspondiente al núm. 469 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

Entre amigos:

—¿A que no sabes en qué me parezco yo cuando un chiquillo me tira una piedra a una bodega?

—No caigo.

—Pues en que en la bodega hay humedad, y cuando el chico me tira la piedra "u me da" u no me da.

ES. Q. P. (Panticosa, Huesca).

Vicente Fernández

SASTRERIA

La predilecta del público madrileño
:: Siempre novedades ::
Trincheras - Gabardinas

9, Espoz y Mina, 9

Baile familiar:

El.—Soy enemigo acérrimo del baile.

Ella.—Y entonces, ¿por qué baila?

El.—Para desacreditarlo.
Fanegas (Olot).

—La felicidad, señora, es cosa muy relativa. Yo tengo

«CAFÉ VIENA»

Luisa Fernanda, 21.
(Esquina a Mendizábal)

Espléndidos salones y lujosos servicios
:-:- para bodas y banquetes. :-:-

Conciertos tarde y noche. ORQUESTA
Teléfono 36298

un amigo cuya felicidad sería tener callos en los pies.

—¡Jesús, qué barbaridad!— exclamó una joven.

—Hay que tener en cuenta, señorita, que al amigo a quien me refiero le faltan ambas piernas.

M. Martín Triguero.
(Madrid).

Un gitano que iba por la carretera se cayó del burro que montaba, lastimándose un tobillo; y viendo que no podía subir de nuevo, exclamó:

—Zan Juan, Zan Pedro, Zan Andrés: si m'ayudáis a zubi, zuz pongo una vela a ca uno.

Y dió un salto tan grande, que fué a parar al otro lado del burro.

El gitano, al verse en el suelo otra vez, levantando las manos al cielo, dijo:

—¡Pero, compares de mi arma, no me empujéis tóos a la vez!

Kar-Denales (Almería).

BARCELONA

HOTEL PENSION

BEAUSEJOUR FRASCATI

Paseo de Gracia 23 Cortes. 647

Casi frente Estación Apeadero de Gracia

Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones

Grandes salones de

reunión con toda cla-

se de servicios Pen-

sión desde Ptas. 17'50

Cubierto, 5 Ptas.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

De primer orden para familias distinguidas y extranjeros. Trato esmerado. Baños, ascensor, Pensión desde Ptas. 12'50. Cubiertos Ptas. 3'50.

Dos mendigos se encuentran a la puerta de la iglesia de las Calatravas.

—¿Ya no haces de "ciego"?

—No, chico; eso tiene sus inconvenientes: te dan una moneda falsa, y no puedes hacer que te la cambiën.

Licenciado San Román.

En una oficina:

Un viajante.—¿Qué tal va con la máquina de escribir que le vendí?

El oficinista.—Pues no me acabo de arreglar con ella; me resulta muy pesada.

El viajante.—Pues le aseguro a usted que es la mejor máquina de escribir que...

El oficinista (cortándole la palabra).—No, si no es que sea mala la máquina; pero es a escribir con pluma, en cuanto termino de escribir con la

máquina me la pongo detrás de la oreja.

Villa (Llanes).

Asistente experto:

—¿Has echado la carta al buzón?

—Sí, mi general.

—¿Y has puesto el sello en el sobre?

—Yo no soy tonto, mi general; lo he metido dentro de la carta, y así ya tienen pa contestar.

Arsenio Vinagre (Madrid).

—¿Se llevan mucho tiempo sus chicos?

La mamá.—Cuando Juanito nació tenía Luisito tres años.

Juanito (que es un niño que todo lo quiere saber).—Mamá, y cuando tú naciste, ¿qué edad tenía yo?

Marusa (Villa Sanjurjo).

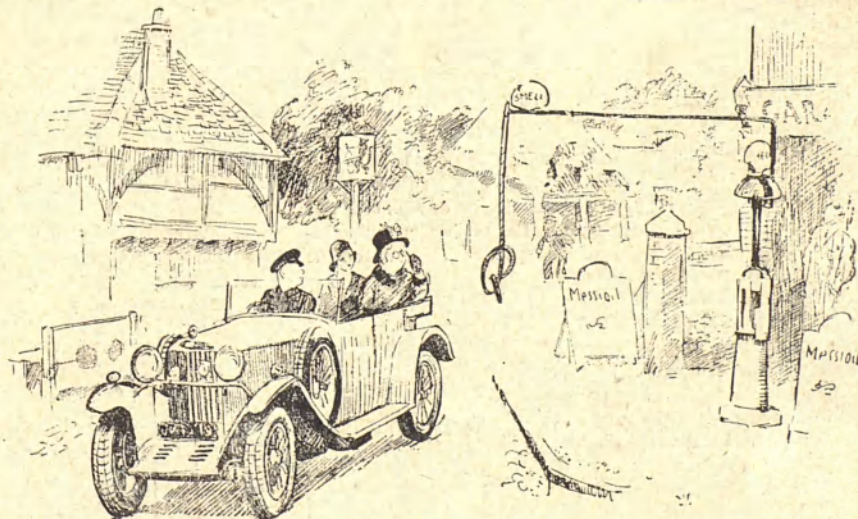
CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La capa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



El turista.—Mira, hija mía, cómo era el aparato que usaban antiguamente para ahorcar a los malhechores...

(De London Opinion.)



Correspondencia muy particular



A. Z. (Barcelona).—Nos duele muchísimo (!!!ay!!!) decirselo a usted; pero no nos sirve lo que nos envía.

Calainos (Pamplona).—No estamos en casa... Vuelva usted otro día... ¡Aunque preferiríamos que no volviese usted más!...

Gitanillo (Madrid).—Distinguído Gitanillo: ¡qué mala entraña tienes!... ¡Catorce cuartillas escritas por los dos lados!... ¡No nos faltaba más que las hubieras escrito por los tres!...

T. R. G. (Cartágena).—Es usted más bruto que quince mil cerrojos de los que más perfectamente atranquen puertas españolas y extranjeras.

B. S. T. (Játiba).—Le daremos a usted eternamente agradecidos si tiene usted la bondad y la galantería de hacernos el señaladísimo favor de irse a la porra y de escribirnos para saber si ha llegado usted bien.

Carlota (Barcelona).—Señorita, su camino de usted no está en el cultivo del arte, y con dolor se lo decimos. ¿Quiere usted casarse con uno de nosotros? ¡Es el mejor porvenir que podemos ofrecerla!

El poeta de la melena. — ¡¡Vaya usted a que le pelen inmediatamente!!

R. M. A. (Madrid).—Su cuento es bellissimo, pero nosotros somos tan burros que no comprendemos su belleza. ¿Por qué no lo envía usted a "El Debate", donde toda efervescencia litúrgica encuentra eco? ¡Puede que tampoco allí se lo acepten; pero que se lo admiran como merece, eso es viejo!... ¡Ah, y el cuento también es viejo, a pesar de ser admirable y teologal!

N. P. V. (Granada).—Su artículo titulado "La camisa de novia" no tiene encaje en

nuestro pudibundo periódico, aunque a usted le parezca absurdo que una camisa de novia no tenga encaje. Pero así es, y hay que fastidiarse sin más dilación.

J. R. S. (Bilbao).—Queda usted declarado inútil después del reconocimiento a que le hemos sometido.

P. M. S. (La Coruña).—¿Un poema en seis cantos y firmado por un adoquín?... ¡De ninguna manera!... ¡Es demasiada piedra para nuestra debilísima constitución física!...

L. B. R. (Talavera de la Reina).—¡Usted debe de ser tonto de la cabeza, a juzgar por su misiva!... ¡Y los dibu-

formidable como Dios no lo remedie.

A. D. R. (Madrid).—Su artículo sintético merece una respuesta también sintética. Es ésta: ¡¡no!!

Doroteo (Salamanca).
Lamentamos, Doroteo, tenerle que hacer un feo. Pero lo que usted nos ha hecho a nosotros tampoco es exageradamente bonito que digamos. De manera que estamos casi en paz.

Carazo (Madrid).—¡Qué pedazo de cochino nos ha resultado Carazo!

E. P. G. (Burgos).—Su artículo puede pasar. Pero ¿necesitaremos añadir que adonde puede pasar es al cesto? Lo añadiremos, por si acaso no se había usted enterado de la cuestión.

Hércules (Sanlúcar de Barrameda).—Por muy Hércules que usted sea, le van a atizar a usted un soplamocos el mejor día. ¿Que quién? Pues el primer caballero consciente que lea una cosa de usted estando usted delante y al alcance de su mano.

D. V. M. (Valencia).
Esa "Señora sensible" es una lata imposible.

C. P. E. (Badalona).—La industriosa y fértil Badalona tiene en su historia un honor y un baldón. El honor es el haber sido la "cuna" del anís del mono. ¡Y el baldón, el haber dado al mundo un literato tan estúpido como usted!

T. G. L. (Madrid).
Tan sólo considerando que escribe en papel de luto, perdono su acto nefando y no le llamo a usted bruto. ¡Pero créame que se me han pasado unas ganas espantosas de llamarlo, y muy fuerte!... ¡Otra vez será!...



—¿Quiere usted fotografía grande o pequeña?
—Pequeña.
—Entonces, cierre usted la boca...

(De Le Rire.)

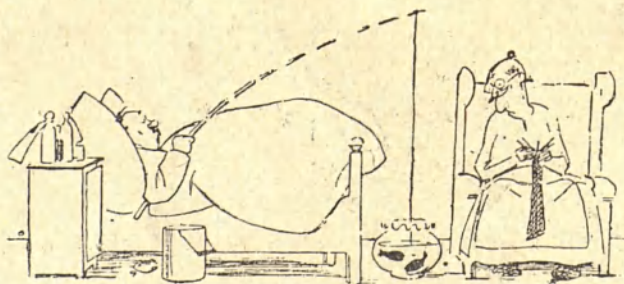
Zancarrón (Madrid).
Si al amigo Zancarrón le tuviese yo a mi alcance, le atizaría un morrón que no salía del trance...

Y si salía, iba a ser con destino al hospital relativamente provincial que tenemos en Madrid para estos accidentes del trabajo.

C. G. H. (Tortosa).—No sirve. Ni creo que llegará a servir nada de lo que usted nos mande. Es mejor y más higiénico que cambie usted de oficio.

jitos son tontos de los pies!... ¡Y como es demasiada tontería para tan poco tiempo, hemos resuelto dar al incidente el final adecuado, que es la ideal "Cestona"!...

F. A. L. (Sevilla).—Hemos dicho, ya no sabemos cuántas veces, que no queremos nada de radiotelefonía, de futbolistería, de torería, de pornografía y de majadería. Y ustedes, los espontáneos, ¡duro, que es tarde!... Y nosotros, ¡duro y al cesto!... Y no conseguimos entendernos, y el lío va a ser



El pescador enfermo...

De Kladderadatsch, Berlín.)



CREMA

LIDA

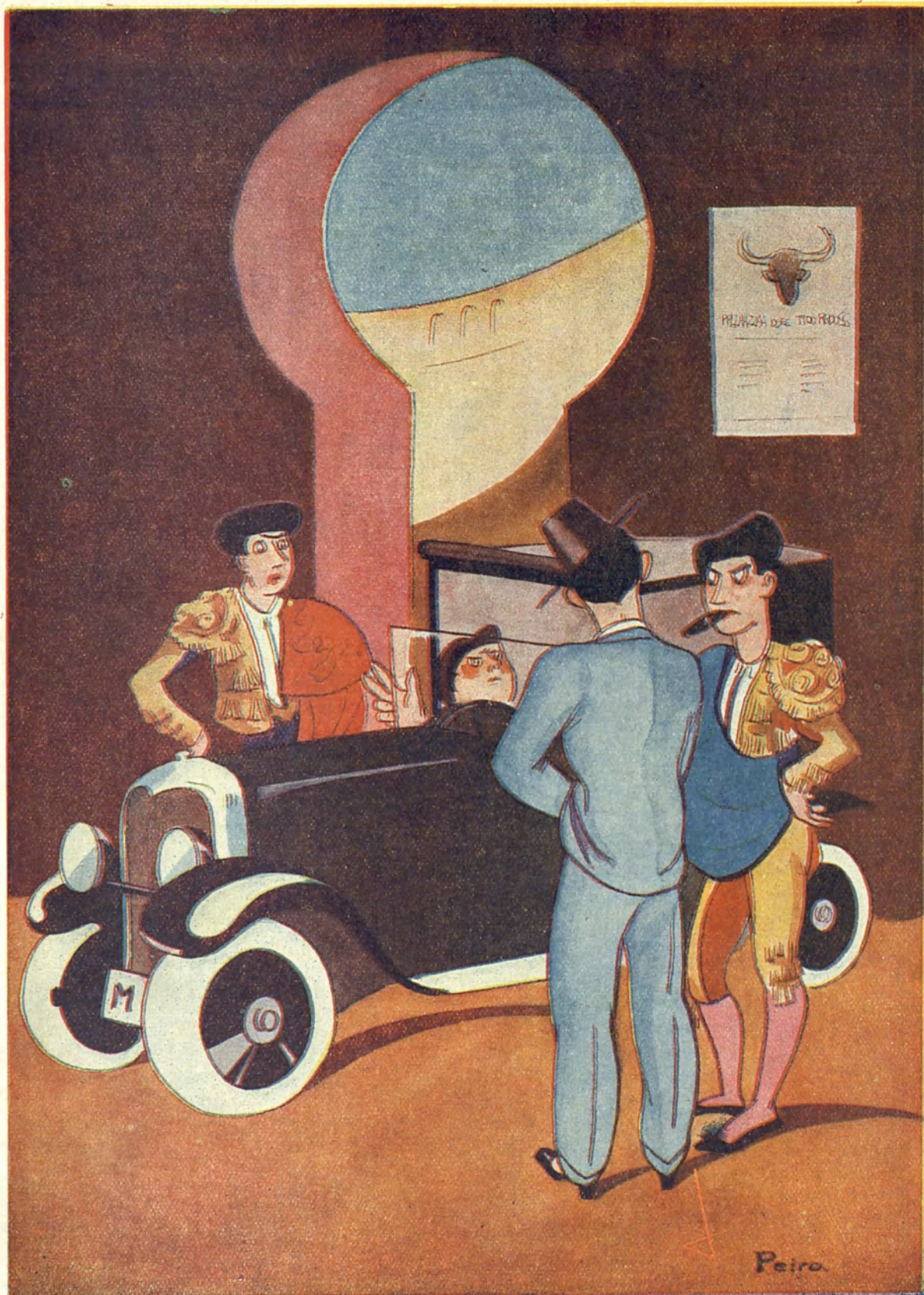
RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.

BUEN HUMOR



—¿Dice usted 14 pesetas?

—Sí, señor; 13 de taxi y dos "maletas".

Ayuntamiento de Madrid

Dib. PEIRO.